

Entrevistas a Andre Gorz

1) Entrevista a Andre Gorz por Michel Klotowsky

Clarín y Michel Zlotowski, 1999. Traducción de Cristina Sardoy.

Oficios del saber y del trabajo

EL PENSADOR FRANCÉS EXPONE LOS EJES DE SU NUEVO LIBRO, "MISERIAS DEL PRESENTE, RIQUEZA DE LO POSIBLE": EL ROL DEL CONOCIMIENTO EN LA ECONOMÍA Y EL FIN DEL TRABAJO ASALARIADO COMO BASE DE LA IDENTIDAD SOCIAL.

El escritor André Gorz, especialista en la problemática del trabajo y teórico en ecología política, no vive en París desde hace quince años. Para entrevistarle, primero hay que encontrar en el mapa el pueblito que eligió para retirarse. Una hora y media de autopista y después una hora de rutas cada vez más angostas. Tenemos una dirección pero las calles del pueblo no tienen nombre. En el frío penetrante de diciembre, dos ancianos charlan frente al portón de una quinta grande. Nos detenemos para preguntarles: "¿Dónde queda la casa del señor Gorz? ¿Gorz? –Mire, es imposible conocer a todo el mundo!", nos contestan. Más adelante, una señora muy sonriente nos responde: "Ah, ¿ustedes son los periodistas de París? –Les mostraré dónde es!".

Nos conduce unos metros más lejos, en dirección al campo, hasta una casa sólida de ladrillos rojos. André Gorz y su mujer, Dorine, nos reciben en la biblioteca de la planta baja, una habitación amueblada en forma espartana: dos sillones sin estilo, una mesa redonda y cuatro sillas rectas, un televisor. Libros, diarios, revistas. En la pared, no hay cuadros, no hay colores. Sólo una foto en blanco y negro de un paisaje mediterráneo.

Gorz nació en Viena, tiene 75 años y es muy flaco, casi seco. Sus gestos son precisos, pero su voz es sorda, como gastada.

–¿Hasta qué edad vivió en Austria?

–Viví en Viena hasta 1939. Tenía quince años y mi madre me puso en un internado en Suiza. Allí pasé la época de la guerra. Después estudié ingeniería química, profesión que nunca ejercí. Paralelamente, estudiaba psicología y filosofía. Hice algunos cursos de filosofía en la universidad durante un semestre. Me pareció tan grotesco que me burlaba públicamente de los profesores. Nunca volví.

–Siendo germano-hablante, eligió vivir en una ciudad de lengua francesa, Lausana. ¿Por qué?

-En la escuela secundaria había decidido romper con todo lo que era germano. Fui despojado de lo que habría podido ser mi país. Mi padre, que era judío, fue expropiado. Lo echaron de su departamento. Como ya era muy anciano, no lo deportaron. Mi madre era antisemita, como toda su familia. Yo había nacido bastardo, en una condición en que no era ni alemán, ni austríaco, ni católico, ni judío, aunque había sido bautizado. Por lo tanto, me pareció que tenía la posibilidad de estar al margen de cualquier identidad y ser libre de elegir la que pudiera convenirme. Después de la derrota de Francia en 1940, decidí ser francés, pertenecer al pueblo vencido por lo que consideraba la barbarie germana. Como vencido, podía identificarme con los vencidos. Desde entonces, no practiqué el alemán por 44 años.

-¿Qué lo impulsó a reconciliarse con él?

-En 1984, la escuela de sindicatos alemanes me envió un micro con sus estudiantes a raíz de un libro que yo había publicado en 1980 y que había sido muy debatido y hasta pirateado, Adiós al proletariado. En Francia, a causa del mismo libro, el secretario general del sindicato CFDT (Confederación Francesa Democrática del Trabajo), donde yo había sido uno de los intelectuales orgánicos, me dedicó un largo artículo en la primera plana de Le Monde para romper conmigo. Fue la respuesta francesa. La respuesta alemana fue enviarme estudiantes para debatir conmigo. Me pareció muy interesante, fantástico. Fue así como reanudé contactos con Alemania.

-¿Qué tenía de virulento el libro?

-Anticipó en gran medida lo que ha pasado hasta el momento. Marcaba una ruptura con la religión marxista del proletariado, que era el fondo mismo del maoísmo y el stalinismo. El maoísmo francés tenía un fondo profundamente cristiano: deificaba al proletariado como redentor de la humanidad. Se suponía que los proletarios no tenían nada, ni siquiera patria, que eran excluidos de la sociedad y por lo tanto los únicos capaces de asumir su redención, moral y política. Al mostrar que ese pensamiento, esa religión, no tenía consistencia, yo había llegado a conclusiones en las que decía que, dada la forma en que se desarrolla el capitalismo, el estrato que podía alimentar un movimiento de superación de esta sociedad era la no-clase de los neo-proletarios posindustriales. Ese neo-proletariado posindustrial lo tenemos ahora. Y a él apuestan las personas con las que discuto en mi último libro Miserias del Presente. Riqueza de lo Posible.

-Volvamos a Suiza en 1945. Termina la guerra. ¿Qué hace?

-Trabajitos, doy clases de inglés. En Lausana, conozco a una chica inglesa, Dorine, que se convierte en mi mujer en 1949. En 1941 descubro a Jean-Paul Sartre. Fue en Italia, en Génova, adonde había ido a ver a mi madre. En la vidriera de una librería descubrí obras en

francés de Sartre. Eran La náusea y El muro. De él no conocía más que obras de filosofía. Ver obras de ficción de un filósofo, me pareció interesante. Las compré, las leí, las releí, me parecieron fantásticas. Era exactamente lo que yo podía sentir, lo que podía gustarme, lo que podía seducirme intelectualmente. En 1943, apareció El ser y la nada. Ensayo de ontología fenomenológica. Siempre me había interesado la fenomenología. La estudié durante tres meses. La asimilé totalmente. Fui, creo, el primer sartreano convencido e incondicional. Cuando en 1946 Sartre vino a Lausana, lo conocí. Volví a verlo en Ginebra donde estaba con Simone de Beauvoir. Para mí, poder ir a París era poder ir adonde estaba Sartre. Me encontré con él en París y terminé lo que en ese entonces era la continuación de El ser y la nada, la continuación que él mismo nunca había escrito. Yo era un absoluto desconocido, mi libro tenía 600 o 700 páginas. Esperaba que él me ayudara a publicarlo. Apareció recién veinte años más tarde con el título Fundamentos para una moral. Mientras tanto, me lancé a hacer otra cosa, la aplicación del método que había elaborado: un método de auto-análisis, de conversión, de transformación de uno mismo que me había aplicado a mí mismo y que publiqué con el título El traidor, para el cual me hizo un prefacio de 40 páginas. Eso fue en 1958. Esa es otra razón de esta identificación con Francia: fue para identificarme con el autor francés que en ese momento era más odiado.

–¿Por qué se unió al movimiento sindical en Francia?

–Naturalmente, yo era revolucionario. Estaba en contra de esa sociedad de mierda que me rodeaba, contra la represión, contra una burguesía francesa que sigue siendo algo espantoso; históricamente, la burguesía francesa siempre fue de las más feas, o sea, convencida de que el país le pertenece por derecho y que quien quiera despojarla de su poder total sobre la economía, la sociedad, la cultura francesa, es un enemigo que hay que destruir. Después de 1958 escribí libros que tenían una orientación política. El primero fue *Historia y enajenación*, que era una explicación muy crítica hacia el marxismo. El segundo *Estrategia obrera y neocapitalismo* fue una obra de referencia en el movimiento sindical europeo. El primero, Historia y enajenación, que contenía elementos de una teoría de la alienación, fue traducido en México en 1959 y se sigue enseñando en la Facultad de Sociología y Economía de la Universidad de México.

–Uno de los temas recurrentes en sus obras, es la desaparición de la noción de trabajo como valor. Usted dice que eso es bueno. –
Potencialmente.

–Para los que buscan trabajo, resulta difícil comprender esa desaparición. ¿Cómo se les explica que el trabajo no es tan importante?

–No es la manera acertada de abordar la cuestión. Lo que está en vías

de desaparición es el trabajo asalariado a nivel de tiempo completo y garantía de larga duración. Eso es un hecho. Ya hemos avanzado mucho en esa abolición del trabajo-empleo. No digo del trabajo en sentido filosófico, en el sentido de transformación del medio ambiente, de realización de uno mismo, de producción de cosas con la mano y la cabeza. Eso existirá siempre.

-¿Nos convertiremos todos en trabajadores temporarios?

-El trabajo asalariado está en vías de desaparición como base principal para construir la propia vida, una identidad social, un futuro personal. Pero tomar conciencia de este hecho tiene un alcance esencialmente subversivo, pues mientras a la gente se le diga: su trabajo es la base de la vida, es el fundamento de la sociedad, es el principio de la cohesión social, no hay más sociedad posible que ésta, con lo cual la gente se vuelve psicológica, política y socialmente dependiente del empleo. Por lo tanto, se fuerza a los individuos a tratar de conseguir a toda costa uno de esos empleos cada vez menos frecuentes. Y cuanto más lo hacen, mayor poder ganan los empleadores sobre ellos. El discurso sobre el carácter central del trabajo, sobre la perpetuidad de la sociedad laboral, de la sociedad salarial, tiene una función de estrategia de poder de parte de la burguesía, del capital y de los empleadores.

-Usted afirma que la disminución constante, en términos reales, de los ingresos del trabajo para los empleados convive con el acaparamiento de las riquezas derivadas del trabajo por parte de un 1% de la población.

-Es lo que ocurre en los EE.UU.. En los últimos quince o veinte años, los frutos del crecimiento fueron aprovechados en un 99% por un 1% de la población estadounidense. Habría que pensar cómo nosotros, la población, los trabajadores virtualmente desocupados o precarios, podemos apoderarnos del proceso y volverlo a nuestro favor en vez de dejar que se desarrolle a favor del crecimiento fantástico de la potencia del capital sobre la vida de todos. Esa es la cuestión. La naturaleza del trabajo cambió totalmente al mismo tiempo que las relaciones de producción en la sociedad. La naturaleza del capital cambió profundamente. Todos, incluidos los empleadores, coinciden en que dentro del proceso de producción, el factor más importante es el saber. Hasta tal punto que una bibliografía empresarial explica que el capital fijo determinante para la productividad empresarial es el capital humano.

-Sólo que, como usted señala, ese saber evoluciona tan rápido que se devalúa en un santiamén.

-Espere, espere. Ese capital saber no tiene propiedad privada posible. Decir que el capital fijo es principalmente el capital humano, el capital saber, significa decir que los verdaderos dueños de la riqueza de la

empresa son los que tienen el saber, pero no el capital material, el capital maquinaria. Según la lógica de la evolución actual, de la revolución de la información, hay una desmaterialización cada vez más rápida del capital. También se da, forzosamente, por parte de los dueños del capital material, los que hasta ahora se denominaban capitalistas, un intento de captar para ellos ese capital saber que no es susceptible de apropiación privada.

-¿Cómo?

-La mejor manera de captarlo, es recortarlo en franjas y mantener a los que actualmente tienen una parte de ese capital- saber en una dependencia, recortando ese saber en rodajas e impidiéndoles renovarlo tan rápido como para que se vuelva obsoleto. Normalmente, si miramos la economía de la información, la economía inmaterial desde el punto de vista de su totalidad, la prioridad debería ser permitir que todos adquieran el máximo de capacidades intelectuales, idiomáticas, comunicativas, de relación; poner a todos en condiciones de renovar y asimilar permanentemente aspectos cada vez más amplios, cada vez más cambiantes del saber que se desarrolla. Es el discurso de macroeconomía de los que desarrollan softwares para molestar a Microsoft. Pero en la práctica es distinto. Lo que se dice es: el trabajo inmaterial, por inmaterial que sea, debe quedar bajo la dependencia, bajo el control de los propietarios de la maquinaria productiva para que el sistema pueda seguir funcionando como lo ha hecho hasta ahora. Ese es el desafío cultural central de la sociedad actual.

-¿El ingreso debe ser en función del trabajo aportado o en función de la riqueza producida por la totalidad del trabajo?

-Habría que ponerse de acuerdo en cuanto al sentido de la palabra trabajo. Ya no hay ninguna correlación entre una cantidad mensurable de trabajo y un volumen de riqueza producido. Sobre todo porque las principales riquezas son riquezas de saber y conocimiento. Usted puede intercambiar y producir todo el conocimiento que quiera, no le cuesta nada.

-Pero eso que es válido en el mundo posindustrial, ¿es válido también en los países en vías de desarrollo?

-No, hay mucho para hacer, pero toda la riqueza y todos los medios de producción, las herramientas de trabajo, son captados por una oligarquía. Ese es el problema. Lo vemos en la Argentina y México. La industrialización, que creaba empleo tomando a los de la tierra y llevándolos hacia las industrias de la ciudad ya no existe. Las fábricas que los estadounidenses implantaron en México, la Argentina y Brasil son más automatizadas e informatizadas que las de los EE.UU.

-¿Por qué?

-Porque en los EE.UU. todavía hay sindicatos y una mano de obra calificada que puede mantener normas de calidad sin esclavizarse a máquinas automáticas. Ocurre menos en América latina donde esa mano de obra calificada todavía no existe. Como los estadounidenses no tienen ningún deseo de formarla porque podría sindicarse, toman mano de obra no calificada y le suman máquinas más programadas para tener la misma calidad.

-Entonces, ¿qué les dice usted a los indígenas, por ejemplo? ¿No vayan a la ciudad?

-Lo que hay que decirles ya lo saben perfectamente: el futuro no pertenece a la industria del pasado sino al desarrollo de la economía popular. Gente que recicla material mecánico e informático descartado y es capaz de fabricar máquinas-herramienta, máquinas con programas informáticos, con viejo material recuperado. Lo esencial de la economía, en América latina y en Africa, no es la economía visible sino la que se basa en la autoproducción y el intercambio. Esa autoproducción, es la que tiene más futuro.

-Se le podría objetar que para que eso funcione hay que partir de la base de que la gente tiene la formación necesaria para poder hacerse cargo de sí misma.

-Tiene muchísimos ejemplos en los informes de la PNUD, el programa de Naciones Unidas para el desarrollo. Cooperativas informales de autoproducción, en China, Japón, y sobre todo en los estados más pobres de India. Allí, se basan en la asociación cooperativa de habitantes de pueblos, contra el terrateniente y el usurero. La misma gente construye para sí misma: cañerías de agua, trabajos sanitarios, digestor de desechos para hacer metano. El futuro de esas cooperativas es brillante, sobre todo porque la informatización permite conseguir a bajo precio talleres flexibles, máquinas-herramienta programables, que fabrican lo que usted les pide que fabriquen, sin demasiados esfuerzos humanos. Simplemente con materia gris. Es la idea que desarrolla Frithjof Bergamnn bajo el nombre de "High-tech self-providing", autoproducción con apoyo en las tecnologías avanzadas. Según él, se puede cubrir 70 u 80% de las necesidades de una población local con dos días de trabajo por semana, gracias al material disponible actualmente. El material que estará disponible en diez años tendrá un rendimiento aún mejor.

-¿Cómo se concilian la economía basada en grupos y la superestructura de un Estado?

-Es el problema esencial de la democracia, un arbitraje entre las autonomías de base y un poder heterónomo, el poder con reglas propias, que son reglas del conjunto, que no son las de determinadas personas en particular. Por eso el Estado es universal y al mismo tiempo

es abstracto. No podemos prescindir de él. La política es la perpetua dialéctica conflictiva entre la aspiración de la base a la autonomía y la aspiración de la cúpula a la universalidad.

–Entonces, esa riqueza de lo posible, ¿es algo inmediato?

–No. Hay cosas que son posibles de inmediato. Sobre todo lo que yo llamo el éxodo, o sea, ser conscientes del hecho de que empieza a ser posible una sociedad al lado, por debajo, por encima de la que deja de existir. No es que deje de existir, pero ya nadie encuentra el camino en ella. Ya nadie tiene su lugar. Para tener un lugar, hoy, hay que ubicarse afuera.

2) “Oser l'exode” de la société de travail Vers la production de soi, *entretien avec Andre Gorz* *entretien réalisé par [Yovan Gilles](#)*

Les périphériques vous parlent, printemps 1998

Les périphériques vous parlent : *Dans votre dernier ouvrage Misères du Présent, Richesses du Possible faisant allusion au livre de [J. Rifkin](#) La Fin du Travail, vous affirmez quant à vous : « Il ne s'agit pas du travail au sens anthropologique ou au sens philosophique. (...) Il s'agit sans équivoque du travail spécifique propre au capitalisme industriel » Pouvez-vous développer pour nous cet argument ?*

André Gorz : Au sens anthropologique, on appelle habituellement « travail » l'activité par laquelle les humains façonnent et transforment leur milieu de vie. C'est d'abord la malédiction biblique : le monde n'est pas naturellement propice à la survie des humains, il n'est pas « *un jardin planté pour eux* », disait [Hegel](#). La vie humaine est « *improbable* », écrivait [Sartre](#), elle rencontre cette improbabilité comme un ensemble d'adversités, de maladies, de raretés. Au sens philosophique, le concept de *travail* englobe les dimensions multiples de l'activité humaine. La philosophie grecque distinguait le travail-corrée - *ponos* - qu'il faut accomplir jour après jour pour entretenir le milieu de vie et produire sa subsistance. C'est aussi bien le travail ménager que le travail agricole, dont les hommes, dans les sociétés traditionnelles, se déchargent sur les femmes et les esclaves. Après le *ponos*, il y a la *poiesis* : le travail de l'artisan, de l'artiste, du « producteur ». Le travail comme *poiesis* n'est plus, à la différence du *ponos*, asservi complètement aux nécessités et aux contraintes matérielles de la subsistance. Il peut s'en émanciper en devenant création, invention, expression, réalisation de soi. C'est cette dimension du travail qui intéresse avant tout Hegel et ensuite [Marx](#) : le travail par lequel je m'individualise, me fais personne, inscris dans la matérialité du monde l'idée que je me fais de ce qui doit être.

Enfin, il y a le travail comme praxis, que [Hannah Arendt](#) appelle « *l'agir* » (*Handeln*). La praxis est essentiellement l'activité non utilitaire qui tend à définir

les conditions et les normes de la « bonne vie ». Cela comprend le débat politique et philosophique, la réflexion, l'enseignement, une grande partie de ce qu'on appelle aujourd'hui le « relationnel » et la « production de sens », l'Eros.

Il peut sans doute y avoir des chevauchements et des interpénétrations entre ces dimensions de l'activité humaine. Elles se distinguent par leur sens, leur intentionnalité beaucoup plus que par leur contenu. Élever un ou des enfants par exemple comporte du ponos - des besognes fastidieuses continuellement à refaire - mais n'est pas réductible à cela ; ou alors la finalité, le sens du travail éducatif en tant que praxis a été perdu.

L'important, c'est que, dans ces définitions, le travail est quelque chose qu'on fait dans un but dont on est conscient. Or le capitalisme n'a pu se développer qu'en abstrayant le travail de la personne qui le fait, de son intention, de ses besoins, pour le définir en soi comme une dépense d'énergie mesurable, échangeable contre n'importe quelle autre et dont les prestataires, les « travailleurs », sont à beaucoup d'égards interchangeables. Le « travail abstrait », « travail sans plus », inventé par le capitalisme, est une marchandise que le patron achète et dont il détermine souverainement la finalité, le contenu, les heures et le prix. C'est un travail qu'il donne à faire à un travailleur qu'il paie. Le salariat est donc la complète dépossession de la personne active : elle est dépossédée du résultat ou produit de son activité, de son emploi du temps, du choix des finalités et contenus du travail, et des moyens de travail que les employeurs, à la fin du 18^{ème} siècle, ont commencé à monopoliser pour pouvoir contraindre les gens - les tisserands en premier - à travailler pour un patron et pour tuer toute possibilité d'auto-production, d'auto-activité.

C'est en ce sens que le travail dont nous parlons quand nous disons que nous « avons » et « n'avons pas » un travail, est une invention du capitalisme. Longtemps, le salariat a été perçu comme une forme d'esclavage, et « l'abolition du salariat » était encore au programme de la [CGT](#) il y a une trentaine d'années. Pendant le récent mouvement des chômeurs, j'ai entendu un militant CGT dire : « *C'est vrai, demander du travail, c'est aussi demander à être exploité.* »

Si nous prenons « travail » au sens propre de *faire, réaliser, agir, créer, peiner*, le travail ne peut jamais manquer. Contre le chômage, ce qu'il faut alors exiger, c'est non pas qu'on nous « donne » du travail à faire, mais qu'on abolisse la monopolisation des moyens de travail, des moyens de production par le capital, en sorte que nous puissions nous approprier le travail, ses moyens et son résultat. Nous les approprier collectivement et aussi, pour partie, individuellement. C'est de cette réappropriation qu'il est question chez le jeune [Marx](#) quand il écrit que le communisme, c'est l'élimination du travail (salié) et sa « *transformation en auto-activité* ». Cette réappropriation a été pratiquement impossible jusqu'ici en raison de la subdivision du travail productif en spécialités cloisonnées. Elle devient techniquement possible avec l'informatisation et l'automatisation. Par celles-ci, la création de richesses demande de moins en moins de travail (salié), distribue de moins en moins de salaires. Ce qui est produit de manière pleinement automatique ne pourra finalement être distribué, vendu, acheté, que si le pouvoir d'achat distribué n'est plus le salaire d'un

travail. L'idée d'un « revenu social » ou de minima sociaux garantis inconditionnellement va dans ce sens. La revendication par le mouvement des chômeurs et précaires d'un minimum garanti égal aux trois quarts du SMIC est un pas très important dans cette direction.

P.V.P. : *La lutte contre un chômage endémique aboutit au contraire à renforcer la place du travail-emploi dans la société. Bien plus qu'un paradoxe, il s'agit d'une contradiction que vous soulignez lorsque vous écrivez qu'un nouveau système se met en place « contraignant tous à se battre pour obtenir ce travail que par ailleurs il abolit ». Selon vous quel est le sens de cette contradiction : la peur de décrocher d'un avenir qui s'éternise - vous dites « oser l'exode » - ou bien une résignation générale à une nouvelle organisation mondiale du travail, vouée à sacrifier des pans entiers de populations dans le cadre d'incessantes restructurations industrielles ?*

A.G. : Je ne vois pas les choses de cette façon. Je pense que dans une société où l'emploi devient de plus en plus précaire, de plus en plus discontinu, où le travail salarié stable et à plein temps cesse d'être la norme - ce qui est le cas pour 45 % des Allemands, pour 55 % des Britanniques et des Italiens, pour environ 40 % des Français - et où, à l'échelle d'une vie, le travail ne représente plus qu'un septième ou un huitième du temps de vie éveillé après l'âge de 18 ans, les détenteurs du pouvoir économique et politique craignent par-dessus tout une chose : que le temps hors travail salarié puisse devenir le temps dominant du point de vue social et culturel ; que les gens puissent s'aviser de s'emparer de ce temps pour « s'employer » à y faire eux-mêmes ce qu'eux-mêmes jugent bon et utile de faire. Avec le recul du poids du travail salarié dans la vie de tous et de chacun, le capital risque de perdre le pouvoir sur les orientations culturelles de la société. Il fait donc tout pour que les gens, et principalement les plus ou moins jeunes, demeurent culturellement incapables d'imaginer qu'ils pourraient s'approprier le temps libéré du travail, les intermittences de plus en plus fréquentes et étendues de l'emploi pour déployer des auto-activités qui n'ont pas besoin du capital et ne le valorisent pas.

Nous avons donc affaire, en France plus encore que dans les pays voisins, à une campagne idéologique très soutenue pour verrouiller, pour tuer l'imagination sociale, pour accréditer l'idée que le travail salarié est la seule base possible de la société et de la « cohésion sociale », que sans emploi, on ne peut rien faire, ne peut disposer d'aucun moyen de vivre « dignement » et activement. Nos minima sociaux sont misérables. On accrédite l'idée qu'un droit à un revenu découplé d'un emploi est de l'assistanat, comme si les centaines de milliers d'emplois partiels à salaire partiel, créés tout exprès pour « insérer » des chômeurs - les insérer dans quoi ? s'il vous plaît - n'étaient pas de l'assistanat sous une autre forme tout aussi humiliante, puisqu'on dit en quelque sorte aux plus ou moins jeunes chômeurs : « En vérité, on n'a aucun besoin de vous, de votre force de travail ; on va vous rendre service, on va vous occuper un peu en vous payant un peu. » C'est quoi, un travail qu'on vous donne à faire pour vous rendre service ?

En réalité, c'est le capitalisme qui se rend service de cette façon. Il fait subventionner des employeurs pour qu'ils aient la bonté d'employer des gens

au rabais. Il veille à ce que les gens se conçoivent comme ne pouvant être que de la force de travail sur un marché de l'emploi, et que, s'ils ne trouvent pas d'employeur, ils n'ont qu'à s'en prendre à eux-mêmes, c'est-à-dire au fait qu'ils ne sont pas assez « employables ». Tout le discours dominant fait comme s'il n'y avait pas des causes systémiques, structurelles à la contraction du volume de travail rémunéré, comme si les stages formation, les stages en entreprise etc. allaient, en rendant les gens plus employables, leur assurer un emploi.

En réalité, ces stages ont une fonction idéologique inavouée : ils consolident et développent l'aptitude à l'emploi au détriment de l'aptitude au temps libre, et cela dans un contexte où il y a de moins en moins de travail-emploi et de plus en plus de temps libéré. On fabrique méthodiquement des gens incapables de se concevoir comme les sujets de leur existence, de leur activité et de leurs liens sociaux, des gens qui dépendent totalement de ce que des employeurs privés ou publics leur donnent à faire. Et puis on ne leur donne rien à faire de consistant, rien que des boulots d'assistés. Il y a de quoi les rendre enrégés.

« Oser l'exode », ça veut dire d'abord percer à jour cette stratégie de domination qui jette les gens dans une dépendance à l'égard de l'emploi plus totale que jamais, alors que l'emploi devient totalement aléatoire ; et qui veut dire ensuite exiger non pas de l'emploi - « du travail » - mais la possibilité de vivre en l'absence d'un emploi, pendant les intermittences de l'emploi, grâce à un revenu de base inconditionnellement garanti. J'ajoute : ce revenu de base doit être compris non pas comme ce qui vous dispense de rien faire, mais au contraire comme ce qui vous permet de faire plein de choses bonnes, belles et utiles qui ne sont pas rentables du point de vue de l'économie capitaliste de marché, ni susceptibles d'être homologuées, standardisées, professionnalisées.

P.V.P. : *Il s'agit aujourd'hui de sortir d'une notion du travail dont la norme est celle du salariat, unique source de statut social. Vous proposez le projet d'une société où « la production de soi » occuperait une place prépondérante. Le passage du travail « aliéné » à une réappropriation par l'homme de son propre travail dans un cadre social, implique donc un changement de mentalité radical. Ce dernier nécessite pour les individus l'apprentissage d'un savoir-être alors que dans le cadre du taylorisme, l'homme en tant que simple utilité de la production, était réduit à son savoir-faire. À votre avis, ce changement se fera-t-il « naturellement », au prix d'une adaptation peut-être douloureuse ou, au contraire, dépend-il d'une volonté politique, d'une réflexion très large à l'échelle de la société, voire encore de la mise en œuvre par les citoyens eux-mêmes d'une pédagogie adaptée ?*

A.G. : Ce ne peut pas être l'un ou l'autre ; ce ne peut être que l'un et l'autre. Le changement de mentalité, la mutation culturelle s'opèrent déjà depuis pas mal de temps. C'est un cheminement d'abord souterrain sur lequel il existe des enquêtes et témoignages passionnants chez les Anglais, les Allemands, les Nord-Américains. Le retrait vis-à-vis du travail-emploi, le refus de s'y investir, l'aspiration à d'autres modes de vie d'activité, de rapports sociaux, de priorités dans la vie, tout ça est très répandu en France aussi, chez les plus ou moins jeunes surtout, mais il n'y a pas chez nous un journal comme *The Idler* en Angleterre qui reflète l'énorme mouvement multiforme des gens qui refusent de

« s'insérer » dans une société qu'ils vomissent et qui (avec la devise “*fuck work*”) refusent le « travail de merde ».

Ceux qu'on appelle « les exclus » ne sont pas tous des victimes qui ne demandent qu'à être « réinsérés », ce sont aussi des gens qui choisissent une vie alternative, en marge de la société. Mais s'ils sont marginaux, c'est parce qu'ils sont condamnés à n'être que des individus, donc impuissants à rien changer. Si vous avez cinq millions de personnes qui refusent cette société à titre individuel, ça ne va pas la changer. Mais si vous avez un mouvement qui regroupe tous ceux qui entendent travailler moins et consommer et vivre autrement, et qui les regroupe dans le but politique de militer pratiquement pour un changement de la façon de vivre, de produire et d'être ensemble, alors vous avez une traduction des choix individuels en choix collectifs dont l'énoncé va déclencher des débats, des conflits, s'inscrire dans l'espace public, obliger à la prise en compte de questions jusque-là négligées et faire évoluer le niveau de conscience.

Notre tâche, la vôtre, la mienne, celle des intellectuels, c'est de proposer cette traduction en projet collectif d'une multiplicité de choix, de rébellions, de tâtonnements, d'expérimentations, et de stimuler par cette traduction la prise de conscience de ce qu'un autre monde, une autre société sont possibles et désirables. C'est ce que [Guattari](#), les Italiens, appellent « la production de subjectivité ». Il s'agit de faire prendre conscience de possibilités que le discours dominant cache. Il s'agit de libérer l'imagination, le désir. La parole, l'écrit, les activités culturelles, la musique, le théâtre, le cinéma sont essentiels à cette libération, à cette fécondation. Si nous ne savons pas exprimer ce que nous sentons, nous sommes incapables aussi de vouloir et d'agir en conséquence.

Cette libération de l'imagination et du désir est à la fois nécessaire au capitalisme dans l'actuelle phase de mutation et potentiellement mortelle pour lui. Son problème, c'est de stimuler l'autonomie, la créativité des gens et, en même temps, de la contrôler, de se l'asservir. En somme, d'obtenir que les gens se produisent librement mais qu'ils effectuent cette libre production d'eux-mêmes sur ordre, dans les limites qui leur sont tracées, pour maximiser le profit de « leur » entreprise.

Nous entrons dans une ère où le savoir, la connaissance sont les principales forces productives et la forme principale du capital fixe. L'accumulation, la concurrence sur les marchés, se font principalement par le capital-savoir. À l'échelle de la société, nous passons beaucoup plus de temps à produire du savoir qu'à le mettre en œuvre de façon productive. Nous passons beaucoup plus de temps à nous produire, c'est-à-dire à développer nos capacités et compétences, qu'à produire nos productions. Ce sont les capacités communicationnelles, relationnelles, cognitives, affectives, imaginatives que nous développons en dehors de notre temps de travail immédiat qui nous permettent de réaliser en deux heures de travail direct davantage que nos grands-parents en 20 ou 40 heures.

Il devient donc de plus en plus absurde de ne payer les gens que pour le temps

passé à mettre en œuvre leurs compétences. Et si les détenteurs du savoir - virtuellement nous tous - s'apercevaient finalement que la forme principale du capital, c'est eux qui la détiennent, mieux : qu'ils sont le capital, la nécessité de rentabiliser ce capital au maximum n'aura plus aucun sens. En effet rien ne m'oblige à m'exploiter, à « m'autovaloriser » au maximum. La production de soi pourra cesser d'être le moyen de l'accumulation et de l'enrichissement monétaire pour devenir fin en elle-même.

P.V.P. : *Le consommateur est aujourd'hui le sujet-objet du marché. Parler du temps libre, du loisir, c'est faire référence le plus souvent à un temps vide consacré à la réparation de la force de travail ou au divertissement. Aussi le citoyen est-il la plupart du temps « programmé » pour se conduire avant tout en consommateur dans un espace de vie complètement cloisonné. La transformation du temps libre en temps libéré, c'est-à-dire en un temps employé à autre chose qu'à perdre sa vie à la gagner, exprime donc un changement qualitatif au plan culturel. Chaque citoyen pourrait disposer de ce temps libéré comme d'une opportunité pour construire un nouvel espace de vie. Mais, la plupart du temps ce temps libre est ressenti comme une source d'angoisse et de dénuement, en premier lieu par les chômeurs eux-mêmes.*

A.G. : Oui, en effet, parce que la construction de nouveaux espaces de vie serait, dans les conditions politiques actuelles, une aventure solitaire, une soustraction de soi à la collectivité, et non une entreprise collective à mener tous ensemble. Rien ne valide socialement le projet d'une telle construction ; par aucun signe la société ne dit aux gens : faites-le, la collectivité met des lieux, des espaces, des moyens à votre disposition, dans les quartiers, dans les communes. Cette société refuse d'envisager l'existence de chômeurs qui ne soient pas malheureux, qui ne soient pas demandeurs d'emploi, qui ne vivent pas comme une privation d'emploi le fait d'être ne serait-ce que temporairement sans un job.

P.V.P. : Pierre Gilles de Gennes affirme : « Si nous arrivons à un enseignement qui ne présente pas aux jeunes le monde comme construit mais comme à construire, à ce moment nous marquerons un point considérable ». *Selon vous, l'éducation publique a-t-elle un rôle à jouer par rapport à cette perspective ? Nous pensons par exemple à une transformation de la vocation de l'université, surtout préoccupée actuellement de « coller aux besoins des marchés. »*

A.G. : Cette transformation est de toute évidence nécessaire. La chose a été parfaitement exprimée par les étudiants allemands au cours de leur grève de novembre-décembre 1997. Au départ, cette grève était motivée par la misère croissante des universités, dont les moyens ne cessent d'être rognés sous prétexte qu'elles produisent bon an mal an des centaines de milliers de diplômés « inemployables », au lieu de dispenser du « savoir utile ». Du savoir utile à qui ? À quoi ? À qui ferait-on croire qu'il suffit de fabriquer des masses de gens immédiatement « employables » pour que tout le monde trouve un emploi ? Le problème à résoudre n'est pas celui de l'inadaptation des diplômés au marché du travail, mais comme l'écrit une étudiante berlinoise, Sandra Janssen, celui de « la contraction du marché du travail ». Comment la société doit-elle préparer les jeunes à cette « contraction continuelle du marché du

travail » ? En faisant exactement le contraire de ce que font les gouvernements : c'est-à-dire en acceptant que les études, les diplômes ne peuvent déboucher sur des carrières ni garantir un emploi, que leur but ne peut plus être utilitaire et fonctionnel. Leur but doit être de donner aux gens un accès libre inconditionnel, illimité à la « culture » (*Bildung*, en allemand), c'est-à-dire de leur permettre d'acquérir les moyens qui les rendent capables de s'orienter dans ce monde éclaté, d'y produire et inventer eux-mêmes les repères, les règles, les buts, les liens qui leur soient propres et leur soient communs. Selon la formule du président des étudiants de Bonn, [Oliver Schilling](#) : « *Nous ne voulons pas être des individus fonctionnellement programmés. Nous devons combattre la réduction des gens en outils aux mains du capital.* » Le droit de tous d'accéder « *sans restrictions à la culture la plus large possible* » est indispensable « *à la survie d'une société démocratique à l'ère du sous-emploi permanent. Il faut préparer le citoyen à assumer de façon créative son inutilité économique* ». Tout cela implique évidemment aussi un revenu de base garanti inconditionnellement à tout citoyen.

P.V.P. : *Cette remarque à notre sens pose la question de la « créativité citoyenne » face aux déjà-là s'incarnant aussi bien à travers la gestion bureaucratifiée des affaires publiques qu'à travers un cadre de vie obsolète promu par les idéologies du marché. Quelle consistance donneriez-vous à cette créativité citoyenne, c'est-à-dire à une recherche fondamentale à engager par tous les citoyens pour concevoir un autre cadre de société ? Ne pensez-vous pas que des lieux, des espaces devraient être fondés pour permettre une auto-formation des citoyens sur tous les terrains de la vie sociale, de la production de la culture ? Si, oui, comment les voyez-vous ?*

A.G. : Les universités ne sont pas un espace suffisant ni l'espace idéal pour développer une culture qui permette aux gens de s'émanciper de la logique de l'emploi. L'éducation à l'auto-activité, à l'autonomie, l'épanouissement des facultés artistiques, sensorielles, manuelles, intellectuelles, affectives, communicationnelles doit commencer beaucoup plus tôt - elle commence, en fait, dans les écoles maternelles françaises mais ne continue pas dans la suite de la scolarité. Il y a une coupure de plus en plus profonde entre la culture scolaire et la vie quotidienne. Je veux dire : nous n'avons plus de culture du quotidien, de culture du vivre, faite d'un ensemble de compétences communes à tous et qui permettent à tous de faire face aux situations de la vie de tous les jours. La quasi-totalité des compétences sont monopolisées par des professionnels, par les « professions invalidantes », comme les appelle [Ivan Illich](#), et le dernier truc inventé pour créer de l'emploi consiste, selon un ministre, à inciter les gens qui gagnent convenablement leur vie à ne plus « perdre leur temps » à chercher leurs enfants à l'école, à changer un fusible, à laver leur linge à domicile ou à préparer leur petit déjeuner : il y a des services professionnels pour ça.

La révolution informationnelle porte en elle la mort programmée des spécialisations professionnelles et de la transmission de savoir formalisés. Elle ouvre sur l'auto-formation, l'auto-apprentissage, sur « l'apprendre en faisant », sur la déprofessionnalisation, sur la possibilité pour tous d'acquérir les compétences communes qui vous permettent de vous prendre en charge, de

vous auto-produire dans le contexte matériel, technique, social, politique où vous vivez, et même de subvertir ce contexte. Elle ouvre sur la possibilité d'une culture commune beaucoup plus intuitive que les cultures professionnelles homologuées, sur la possibilité de ne pas dépendre des marchands et des spécialistes pour la satisfaction de vos besoins et désirs.

Pour que ces possibilités deviennent réalité, il faut que l'éducation sorte des écoles et lieux d'apprentissage, que la ville, le quartier, le bloc d'immeuble soient un espace éducatif parsemé de lieux pour l'auto-activité, l'auto-production, l'auto-apprentissage. Un germano-américain, Bergmann, est en train de créer ce genre de lieux aux États-Unis et en Allemagne. Il les conçoit comme des espaces où les gens sont sollicités, entraînés par l'offre d'une gamme qui devra être illimitée d'activités épanouissantes, des lieux qui donnent envie, avec des gens qui vous incitent à vous demander ce que vous rêvez depuis toujours de pouvoir faire mais n'avez jamais eu le temps, l'occasion, le courage de commencer.

En même temps, ces espaces, les « centres pour le nouveau travail » offrent une gamme aussi étendue que possible de moyens d'auto-production à technologie avancée. N'importe qui peut apprendre en très peu de temps à y fabriquer ses vêtements, ses chaussures, ses meubles, à produire des aliments selon les méthodes mises au point il y a vingt ans dans les « maisons autonomes » nord-américaines. Bergmann estime que 70 à 80 % des besoins peuvent être couverts en deux jours de travail d'auto-production par semaine et que la multiplication de ces centres devrait faire naître une économie populaire parallèle, émancipée de la logique de l'emploi et de la domination des rapports d'argent. L'intérêt de la chose, c'est que ce projet est tout aussi valable et réalisable à Madagascar ou au Bangla Desh qu'à Berlin ou à Saint-Denis. Les Centres pour le Nouveau Travail permettent à une population à la fois de résister à la dictature du marché et au pouvoir du capital et à anticiper l'au-delà d'un capitalisme de plus en plus fragile, incapable d'assurer la survie d'une société et l'appartenance citoyenne des gens.

P.V.P. : *L'année prochaine nous co-organisons avec la ville de Saint-Denis les premiers [Fors des Villages du Monde](#). Il s'agit de voir comment, au plan mondial, une culture plurielle peut constituer une alternative à la pensée unique, un « faire mouvement » que nous plaçons sous le signe du cum petere, « chercher ensemble », qui est le sens étymologique du mot compétition. Vous dites quant à vous : « seuls seront finalement entendus ceux qui veulent changer la face du monde ». À votre avis quel rôle les citoyens ont-ils à jouer dans ce changement ? Quelles sont, d'autre part, les contraintes qu'ils devraient se donner pour ne pas retomber ni dans une autre pensée unique, ni dans de vieilles manières de faire de la politique.*

A.G. : Je trouve très remarquable vos [propositions pour la création d'Espaces Publics Citoyens](#), dans votre n° 9. Je pense comme vous. La « créativité citoyenne » s'épanouira plus ou moins vite selon le nombre, la visibilité, la qualité, l'accessibilité des espaces publics offerts aux expérimentations sociales, artistiques, culturelles, techniques à grande échelle. La garantie à tout résident d'un revenu social de base, dont il est de plus en plus question dans

toute l'Europe, n'a de sens qu'accompagnée d'une prolifération des lieux d'auto-activité. Il faudra que chacun, chacune, soit sollicité et entraîné dans le foisonnement tout autour de lui de groupes, groupements, équipes, clubs, ateliers qui cherchent à le gagner à leurs activités écosophiques, politiques, artisanales, éducatives, etc. ; des espaces où se côtoient des ateliers de danse, des salles de musique, des gymnases, des « boutiques d'enfants », des « boutiques de santé » etc.. La ville comme laboratoire social, comme vous dites, et les espaces sociaux comme formes de la compétition coopérative (votre *cum petere*) que vous trouvez par exemple dans les clubs de judo, les orchestres, les troupes théâtrales : l'excellence de chacun est le but et le souci de tous - et inversement. « *Le plein épanouissement de chacun est la condition du plein épanouissement de tous* », disait le *Manifeste du Parti Communiste*. Vous retrouvez dans le concept d'intelligence collective, chez [Pierre Lévy](#), une actualisation de la même idée.

P.V.P. : [Patrick Braouezec](#), dans une *interview* accordée aux Périphériques dans le dernier numéro affirmait : « Si les partis politiques ne réussissent pas à faire leur révolution interne, alors cela veut dire que la forme parti est dépassée. » *Comment voyez-vous l'émergence d'une nouvelle gauche aujourd'hui capable de se tourner résolument vers le devenir et « oser l'exode » ?*

A.G. : Qu'est-ce qui peut agréger en un grand mouvement et dans une perspective commune les « *révolutions moléculaires* », comme les appelait [Guattari](#), qui sont en cours dans tous les domaines ? Je vois trois aspects : 1° La compréhension théorique de la mutation que nous vivons, de sa portée à long terme, des impasses et des crises vers lesquelles elle se dirige. 2° Une vision des contours de la société post-capitaliste et post-marchande susceptible de succéder aux débris de la société salariale dont nous sortons. 3° La capacité de concrétiser cette vision par des actions, des exigences, des propositions politiques à la fois anticipatrices et plausibles, réalisables actuellement par des objectifs intermédiaires. Il y a un quatrième facteur : les pannes, les échecs, les risques d'implosion de plus en plus évidents auxquels conduit la mise en œuvre de l'idéologie économiste dominante. Les États-Unis et la Grande-Bretagne sont à la veille d'une récession, l'Extrême-Orient est en état de collapsus, en Europe le rejet de la « pensée unique » et de la politique unique imposée par le pouvoir financier mondialisé a gagné beaucoup de terrain en deux ans. Je crois qu'une nouvelle gauche ne peut être qu'une nouvelle extrême gauche, mais plurielle, non dogmatique, transnationale, écologique, porteuse d'un projet de civilisation.